

UN CUENTO LLAMADO CIUDAD. DIACRÓNICO ELOGIO TERRENAL A LAS CIUDADES

DANIEL GONZÁLEZ ROMERO

EL SÍNDROME ACTIVO

¿Qué es hoy la ciudad para nosotros? Creo haber escrito algo como un último poema de amor a las ciudades, cuando es cada vez más difícil vivirlas como ciudades. Tal vez estamos acercándonos a un momento de crisis de la vida urbana y las ciudades invisibles son un sueño que nace del corazón de las ciudades invivibles.

Italo Calvino

Disfrutar el entusiasmo por el estudio de las ciudades, no es sino implicarse activamente para tratar de comprender la existencia social-política-económica-cultural, de los vestigios y prospectiva urbana-ambiental que se ha construido para la vida en común; fenómeno que sin detenerse se renueva y transforma día a día y a través de los siglos. Es intentar encajarse entre los zurcidos de los tiempos y localizar la evidencia humana que concibe y transforma la naturaleza y la convierte en ciudades. Indagar su significado vital entre las versiones que trascienden cualquier realización de esos espacios, que son, pudiésemos apuntar, la genealogía y tronco cultural de los hombres y mujeres en la historia de la civilización. Una

especie de hermenéutica del nosotros aquí y allá. Para los que habitan entre la parálisis que engendran paradigmas en vías de obsolescencia, pensar fuera de las aulas de la tradición moderna de la ciencia es incautar o violar arbitrariamente los valores del reflexión acotada por lo indestructible, lo que nos formó y ubica en el mundo de lo científicamente aceptado, obstante esto esconda aprensiones de otra índole. En tal postura, habría que declarar –aquí lo hago–, que los trabajos que sitúan a la ciudad en el centro de los desasosiegos intelectuales –entre muchos otros de otros muchos quizás– pertenecen al empeño por rescatar las inquietudes que se mueven entre los propios desasosiegos intelectuales, construir pistas de vuelo inusuales que nos lleven a construir otros-nuevos escenarios e imaginarios de la realidad que nos preocupa.

No es entonces este texto, uno que pueda presumirse o ser incluido entre las galas de la científicidad sin mácula, sino más bien se encuentra entre las larvas de la libertad de pensar creativamente de la ciudad sus tiempos, sus lencerías, costuras y trajes de gala o de indigencia. Gratificante es, sin dudar, lanzar fuegos efervescentes que nos sugieran de la historia y realidad de las urbes, sin caer en los paroxismos intelectuales, hipótesis y ánimos inquestionables, a los que acostumbra y acude muy seguido, la inmaculada tradición académica. De pensar que esa científicidad cuasi ética es la única vía sin más alternativas, y no otra manera

de ensimismarse sobre la significación de la ciudad, asistiríamos a la pérdida de la capacidad de reinventar e reinventarse entre los mares urbanos; no habría literatura, narración o novela, que partiese de la realidad o ficción y encienda, agite, revolucione la creatividad humana. Si tal situación existe, por lo tanto, confieso llanamente que este texto sigue los pasos, se asume en ella, de una obra que se considera maestra, en la que el autor sintetiza todos los lugares en donde lo urbano se incrusta en la vida real, en la memoria. Es una obra literaria que todo estudioso y alumno de la vida y la ciudad debería leer, con el fin de mirar desde el observatorio de otro cosmos su realidad misma.

Se asume, sin más en estas notas, la fortuna y el riesgo de pensar, dialogar de alguna forma con los imaginarios virtuales, las realidades impensadas e intangibles ocultos, que han sido recogidos y tratados magistralmente por, dijéramos, inquietos personajes escritores y conquistadores de las ideas que riegan sus versiones en papel y tinta, en proyecciones filmicas, en palabras que reinventan la capacidad de los seres humanos para inscribir la historia y esencia de las ciudades y de nosotros. Porque vivir en la ciudad es aprender con el otro, aquel otro y otra que no son iguales. Pensadores –así se lee pueden aparecer a leen– que se introducen en las células, en la piel y el ADN de las Ciudades (con mayúsculas), como no lo hacen muchos de los especialistas y ecuménicos investigadores

DANIEL GONZÁLEZ ROMERO es profesor investigador de la UdeG, miembro del SNI, de la Academia de Ciencia, del International City and Regional Planning Association, presidente de la SOMECHES, A.C., columnista del periódico *Milenio Jalisco*. dgonzaler@gmail.com

y profesionales planificadores de lo urbano y el medio ambiente, que llevan el conocimiento de la ciudad a la gloria de las cifras y la estadística.

Espacios-lugares-sitios-ambientes-urbes, de cualquier esfera e irradiación, que son y exaltan la creación y realización material, el arte y la estética, la identidad cultural de los seres humanos vivos en movimiento continuo. Universos de dimensión social; geografías, países y regiones, distintos nombres, esperanzas y paisajes, ubicación y referencia, que explican la existencia nuestra en esta tierra-mundo-planeta. Campo fértil para quienes piensan que estas conquistas, *urbs-civis-polis*, son, en la historia, el recipiente donde se fermentan algunas de las mejores sustancias humanas del pensamiento; dogmas de fe, pociones mágicas de la creatividad, elucubraciones del poder, paradigmas intelectuales y uno que otro momento clave de los procesos científicos-tecnológicos. El barrio, el parque y el mercado, el pordiosero y el vendedor ambulante, el beso en la calle, la vecindad donde nació, son todo eso y lo magnífico de su existencia total.

Las ciudades son lugares poliédricos, multiformes, festivos, expansivos, sorprendentes, que marcan el paso de los hombres y mujeres en su devenir común. Nada es allí superficial o en vano, es convertir cada minuto un reto para parar y mudarse en una especie controvertida de Colón o Einstein, en Quijote o García Márquez, en profesor universitario común, en vecino o en ladrón de algo. Vibración constante cuando se es capaz de detener el tiempo para meditar y beber de su destilado cultural. Saber, aprender a coexistir en sus cumbres y profundidades cuando la ciudad se vuelve narración poética, novela viva o texto gramatical; cuando su vitalidad se convierte en contexto literario, diagnóstico científico o campo de pruebas políticas, quizá hasta asumir críticamente un Plan de Desarrollo Urbano aprobado por

una lisonjera cofradía oficial. Saber indagar y precipitarse por las veredas que narran audacias, inspiraciones, osadías, energías, agobios, fragancias, sensualidad, sexo, bizarrias, violencia, manifestación de valores y significados que dan vida a las ciudades. Cabe mencionar que todas esas sustancias fueron expresadas con especial calidad e imaginación en la obra de *Italo Calvino: Las ciudades invisibles*. Libro que sin uso de “paint brush” ideológico, reubica la noción práctica del plan urbano y sus resultados finales, comúnmente fabricado entre los telones del vestidores del teatro y las lavanderías del poder vigente, pero sobre todo ubica la comedia y tragedia, y la gloria de la permanencia, todavía, de lo que somos.

Para iniciar este errante escrito entre las avidencias del pensamiento, es necesario hurtar unas líneas de tan sugestivo libro, citar sus palabras, sus críticos vientos frescos, su significado, y repetirlas y hacerlas propias. Calvino dicit: “Creo que lo que el libro evoca no es solo una idea atemporal de la ciudad sino que desarrolla, de manera unas veces implícita y otras explícita, una discusión sobre la ciudad moderna. A juzgar por lo que me dicen algunos amigos urbanistas, el libro toca sus problemáticas en varios puntos y esto no es casualidad porque el trasfondo es el mismo. Y la metrópoli de los *big numbers* no aparece solo al final de mi libro; incluso lo que parece evocación de una ciudad arcaica solo tiene sentido en la medida en que está pensado y escrito con la ciudad de hoy delante de los ojos”. Las ciudades son y serán siempre y en esencia lo mismo, cada una distinta pero igual, pues en estas se habitan, se agitan y encuentran los torbellinos emocionales que representan la capacidad de los seres humanos para evolucionar y para transformar su entorno y sus sociedades, sus mismas cualidades humanas. Desde esa galería, cualquier imagen que nos inspire o maldiga, posiblemente no es mera coincidencia.

PARA SEGUIR EL ITINERARIO

— *De ahora en adelante seré yo quien describa las ciudades y tú verificarás si existen y si son como yo las he pensado. Empezaré a preguntarte por una ciudad en gradas, expuesta al siroco, en un golfo en media luna. Ahora diré alguna de las maravillas que contiene: una piscina de vidrio alta como una catedral para seguir la natación y el vuelo de los peces golondrina y extraer auspicios; una palmera que con las hojas al viento toca el arpa; una plaza rodeada por una mesa de mármol en forma de herradura, con el mantel también de mármol, aderezada con manjares y bebidas todos de mármol.*

— *Sir, estabas distraído. De esa ciudad justamente te estaba hablando cuando me interrumpiste.*

— *¿La conoces? ¿Dónde está? ¿Cuál es su nombre?*

— *No tiene nombre ni lugar.*

Italo Calvino

La descubierta realidad que se describía por olores, cronistas e historiadores, por el mismo Hernán Cortés o por Fray Bernardino de Sahagún, se encontraba asida a la sorpresa de aquellos que descubrían a los otros, su exótica y sorprendente existencia, la que relataba en vivo y a todo color la magnificencia de las ciudades precolombinas, la suntuosidad de las costumbres, lo bestial, dijeron y escribieron con la pobre y maltratada gramática de su cultura. La historia real de las ciudades convertida en leyendas y trasmutada en ambiciones. Lugares que incitaron las mentes de los conquistadores menos salvajes, para anidarse en aquella fibra cultural, para pasar de convertidores a convertidos, trocarse en cronistas de los acontecimientos que recorrían la insólita visión del nuevo mundo, ese del que surgieron las ideas de las mentes lúcidas que llevaron a perturbar lo que se creía que era la tierra y los océanos, aquello de un plano infinito cercado por el infierno, y llevar el conocimiento del mundo hacia su-otra

realidad, ya no la única que trataba la verdad divina.

En todas las ciudades relatos y crónicas inciertas surgieron, acompañadas de imágenes, luego impresas, que mostraban los sitios plenos de vidas en común o guiones particulares. Escenas que se muestran ahora en fotos y tarjetas postales. Una especie de archivo convertido en redención de la riqueza y las relaciones del poder exhibido en edificios, mobiliario, trajes, decoraciones y paseos, a los que se les ha dado en denominar patrimonio cultural; evidente muestrario del poder en la historia. Mientras eso pasaba, las desgracias de los olvidados por el destino sagrado o seleccionados por algún dios, se trató con desdén, pues al fin y al cabo (se pensó entre los que enseñaron lo que era y lo que no), sus edificaciones y costumbres no eran parte de la historia verdadera, la de los triunfadores. Esos lugares que ahora son remembranza de aquello accidentalmente indeseable, pero que muy seguido se ha querido erradicar con la intención de dizque de sanear en las urbes.

Así pasó con muchas ciudades. Ciudades con lugares exuberantes que sin embargo a pesar de su prestancia, se encontraban rodeados, ensambladas –todavía están por allí– entre amplios márgenes de pobreza; trozos del destino del que parece es imposible escapar, según conciben y accionan las mentes proclives a la selección de la especie. Las versiones de la ciudad, la que se recuerda ahora como patrimonio, algunas que se dicen “de la Humanidad” (quien sino las habrá construido todas), quedan ahora como grabados indelebles, llenas de parches y transfusiones arteriales.

Hace mucho tiempo, quizá menos o más de lo que quiere decir hace mucho tiempo, pensar y hablar de la ciudad, fuese en el café o en casa, en la comida o en la cena, entre amigos, invitados, platicar con extraños en un casual encuentro, como sucede en reuniones

espontáneas, en congresos y bares, llenaba la charla de espacios y recuerdos, de territorios propios o ajenos, de lo conocido o lo desconocido. La ciudad se volvía el recuento de reminiscencias y nostalgias felices, desencantos, episodios trágicos o de fortuna, que recorrían las pautas de su cualidad interior o de su entorno inmediato, de viejas y nuevas tradiciones seguidas y salpicadas de chismes y anécdotas.

Cuando se hablaba de la ciudad histórica con el fervor que evoca, aún asumidas las contradicciones que se apreciaban –realidad histórica sin vuelta de hoja hasta el presente, huyendo aquí de una posible postura determinista– las calles y los balcones, los patios y los jardines, representaban una parte a veces ideal y otra casi idílica sobre la manera de vivir en ella y de su significado material y funcional. Había barrios y casas que formaban una especie de feria visual que acoataban la exaltación, agitación y afán tradicional que fluía de su entorno. Por las calles y plazas vagaba una especie de ambiente que llevaba de la mano a sus habitantes. El paseo dominical reunía y solazaba. Los pobres, como es común y cotidiano, veían, admiraban lo inalcanzable o rumiaban su condición.

Los pueblos antiguos pasaron a ser ciudades con el trabajo masivo de los de abajo, luego se adecuaron a tiempos coloniales y más tarde a los de la modernidad; hasta llegar a un presente encadenados en el caos y la malandanza de una posmodernidad neoliberal que se agota en su excesivo dispendio favoreciendo privilegios. Fundaron pueblos y ciudades, y se afanaron desde entonces, sin miramientos, para transformarles en algo concreto único y funcional, con el objetivo de alcanzar mejores condiciones de vida utilizando lo que la tierra proveía (aunque ahora se hable del mal uso de la cualidad ecológica planeta). Se trazaron y construyeron muelles, diques y murallas, calles, moradas para establecerse, y se diseñaron y edificaron los edificios em-

blemáticos, la plaza principal, los sitios de intercambio y los de la represión. Eso pasó en cada era reconocida. Los habitantes ricos construyeron sus casas, mejor dicho alguien las construyó. Los otros hicieron lo que pudieron en los contornos.

En nuestro continente-territorio, el que originalmente se le llamó o puso el nombre de América, no el que luego ha sido secuestrado por otros, se asentaron los que gobernaron la colonia dominada por españoles y portugueses, bueno no solo por ellos pues en la Europa de aquellos años, los Papas, los reyes y generales con sus ejércitos y armas, las familias monárquicas y, *of course*, la pléyade de cofradías de la Iglesia, se llevaron lo que del territorio les tentaba. Fue, nada más ni nada menos, que la época y siglos en que las buenas costumbres sentaron sus reales por *persécula secolórum*. De eso se trataba entonces. Pero sabido es que todo cambia y lo único que se detiene son las máquinas. Los deseos más conservadores tuvieron que construir alianzas con los que llevaban a cabo las reformas, para no quedar fuera de los beneficios. Es posible que desde entonces se haya fraguado aquello de que vivir fuera del presupuesto es vivir en el error. El tiempo solo era algo que pasaba sin pasar, aunque no en silencio, y así las ciudades se quedaban en su diámetro-perímetro, en el suspenso de la utopía extraviada.

Y a pesar de las andanzas y aventuras, de los saqueos y las matanzas, de la esclavitud; de sujetos como Pizarro o Almagro, de Colon y Carlos V, de romanos y egipcios, de conquistadores y conquistados, todas las ciudades que han existido o existen, se construyeron por quien sabe quiénes, entre muchos más de los millones de seres anónimos y ocultos que las erigieron, urbanizaron, e hicieron estas posible con su mal pagado trabajo. Nada más, y no nada menos, las ciudades pasaron así a formar parte esencial del devenir de las civilizaciones y los brotados es-

pectros culturales del mundo y de las sociedades humanas que se suponen representaban la inteligencia más alta. La ciudad, o las ciudades, cuerpos y grupos humanos llenos de frenesí y carencias, han llenado y colmado los episodios y estantes hasta lo que hoy es el siglo XXI; nido enmarañado que agita la historia de la civilización toda; la que es por estos años génesis de una nueva historia para la humanidad. En tal insoslayable realidad destaca el primigenio valor de las ciudades.

Por allí del siglo XVIII –no había llegado aún del todo el pesado síntoma del Renacimiento con la infecciosa idea de modernidad– los intereses de toda ralea, foráneos o domésticos, inundaron las extrañas e ilusorias ideas de independencia y libertad. Eso no fue otra cosa que la liberación de las fuerzas del capitalismo del tronco original, que daba un salto hacia la reconstitución de su poder, ante la égida de las nuevas clases dominantes de la burguesía territorializada en el nuevo mundo. Se acuñó con estos el germen de las ataduras que les confinaban a la dependencia. Las carrozas y los cañones se fundieron en un sonido por décadas, siglos quizás, y las ciudades fueron sufriendo los estertores de un pasado y las advertencias de otro destino. Las torres y las reliquias salvaron una gran parte de su presencia, no porque fuesen intocables. Las alianzas y la codicia hacen que las cosas persistan aun por encima y sin atender lo que a la mayoría interesa.

PARECER NO ES IGUAL QUE SER

Hay que cuidarse de decirles que a veces ciudades diferentes se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre, nacen y mueren sin haberse conocido, incomunicables entre sí. En ocasiones hasta los nombres de los habitantes permanecen iguales, y el acento de las voces, e incluso las facciones; pero los dioses que habitan bajo esos nombres y en esos lugares se han ido sin decir nada y en su sitio han anidado

dioses extranjeros. Es inútil preguntarse si estos son mejores o peores que los antiguos, dado que no existe entre ellos ninguna relación, así como las viejas postales no representan a Maurilia como era, sino a otra ciudad que por casualidad se llamaba Maurilia como ésta.

Italo Calvino

La ciudad en su devenir se narra y se recuenta cada día entre multiplicadas versiones, envueltas en sofisticadas fantasías o en concienzudos estudios que llenan los estantes de bibliotecas, y casi todos tienen alguien que cree en ellos. Se supone que Rómulo y Remo fundaron Roma o a lo mejor fue acaso Eneas. Y París, a la que le dicen ahora “la ciudad de las luces”, culturales y eléctricas naturalmente; que ya se sabe no se fundó en Isla de la Cité, por los años 250 a. C. sino por donde Bercy y por los de la tribu Parisios, y luego los romanos repitieron la dosis por el área de lo que es hoy Nanterre. Unos que eran de una tribu, los nahuas, llegados de quien sabe dónde –dicen que de un lugar llamado Aztlan– montón que luego de muchas fechorías fundaron Tenochtitlan. Después, y así es la historia. Cuauhtémoc es derrotado por los invasores al mando de Hernán Cortés y entonces aparece México, la ciudad, con toda una masa de gentes que dieron rienda y esfuerzo a una reconstrucción, mestiza; y vino la majestuosa presencia de otra urbe en la que han ocurrido cosas como las de Tlatelolco, Maximiliano y Carlota, un castillo denominado Chapultepec, el Paseo de la Reforma, un centro de la ciudad que se conoce como El Zócalo, Porfirio Díaz, Madero, la UNAM, la Basílica de Guadalupe (vaya lo que consiguió Juan Dieguito), las grotescas charlatanerías de una dizque “familia presidencial” y hasta la presencia de El Peje, Carlos Slim, Televisa, un rico negocio de telecomunicaciones; las peripecias humanas en los barrios de Tepito y La Merced, después Netza y la suma de lo que ocultan Polanco y Santa Fe. Hasta allí fuimos a dar.

Las ciudades nuestras son también un muestrario de riquezas acumuladas con su suelo y recursos humanos. Urbes que así, conquistadores, rufianes de toda ralea, linaje o alcurnia, se han visto atraídos por estas como base de conquista de los territorios del mundo y sus bienes, incluso de aquellas sustancias culturales que en su ajenidad les alcanzaron a mediatizar y convertir. Se formaron y crecieron los ejércitos, y entonces, y desde entonces, lo que ahora se denomina derechos humanos quedó en los abismos de las buenas intenciones. Se trataba de la apropiación, del control y de la represión de las mejores voluntades de justicia para todos. Se crearon además mapas y planos, que sirvieron y sirven para las ambiciones más aviesas, como luego para los paseos dominicales y las vacaciones; hasta para integrarlos a los GPS y el espionaje. Se inventaron medios y formas de incrementar lo que se podía producir y usar, vender y comprar, incluidas las almas y las honestidades, virtudes y decoros. Que al fin y al cabo para eso sirven los descubrimientos de todo tipo y especialidad. La tierra sirvió entonces, y para el porvenir se pensó para acapararla, fraccionarla y enriquecerse.

Desde que se supone que la humanidad se reunió para seguir un trayecto racional (*sic*) sobre la tierra –no en el mar, a este solo se le ha usado–, hubo que distinguir lo que diferenciaba tradición y modernidad. Un pedazo de naturaleza en la geografía se convirtió en lugar, en sitio de hechos acumulables para conservar las propiedades apropiadas y los atributos sumados a las dignidades que les conferían una posición de privilegio, entre los recuerdos de haber sido malhechores o Hidalgos. Y hubo jerarquías asignadas o adquiridas, algunas que hasta estos tiempos siguen medrando. Aparecieron mapas, bibliotecas y documentos en las mesas de conquistadores. Entonces, vale aquí apuntar, las ciudades fueron convertidas en centros desde donde ha

girado el mundo verdadero y cotidiano, no al revés. El mejor lugar para vivir. Creación y producto. Espacio y lugar del mejor arte. ¿Debemos creer que siguen siendo, a pesar de gobernantes y sindicalistas, de intelectuales y burócratas, de gerentes y policías, de los autos y las bicicletas?

Las urbes en la historia, han sido y son el sitio de la reproducción del poder y la cultura que se trasmite, la cultura que toma diversas direcciones, incluso aquella rural que se reconocía como la otra; la que era un principio natural y la diferencia mundana entre civilización y barbarie. Se creyó luego, cuando la industrialización invadió el devenir, hace algunos siglos, que las ciudades, sus casas y sus habitantes, las personas, se podían diseñar para que aprendieran a vivir en ella. Se delinearon las calles y el paisaje cambió. Se cultivaron los paseos y el ornato. Lugar donde los hombres, luego más actual las mujeres, dedicaron a tejer otras urdimbres sociales; hasta revoluciones que salieron de la oscuridad de las tertulias secretas. Las ciudades acumularon capacidades de todo rango para establecer un dominio sobre otros espacios-lugares, regiones, y para convertir un territorio en lugar de identificación particular. Monterrey o Puerto Vallarta no fueron ya igual a las de antes, como muchas más, ni su futuro al paso de los años.

Las calles que fueron empedradas, después se pavimentaron y se iluminaron. Las mujeres y los hombres dejaron de ligar solo en la Plaza de Armas. Bueno, nunca fue así, pero se documenta de esa forma y se anota en la historia; cosas de las tradiciones. Por fin la nueva era llegó y otros panoramas alimentaron los amaneceres y anoche- ceros de la sociedad que vislumbraba su etapa moderna, aquella que nació del rodar continuo del conocimiento como un regalo y avance de la civilización consagrada, abrigada todavía por los dioses aunque estos pertenecían ya a una nueva generación y el Olimpo no se

encontraba ya por ningún lado. Debajo de los campanarios y púlpitos se decía todavía que al final habría que tocar la puerta de San Pedro; mientras el infierno terrestre no había sustituido la realidad de los esclavos de pensamiento y obra, de inocentes y mal nacidos por el pesebre que los recibió. Las ciudades tienen sus héroes, sus santos y sus colores. Todas son o se parecen pero no son iguales, aunque el sol insiste en salir por las mañanas y retirarse por las noches.

DEL MITO AL HECHO NO EXISTE TRECHO

...es el momento desesperado en que se descubre que ese imperio que nos había parecido la suma de todas las maravillas es una destrucción sin fin ni forma, que su corrupción está demasiado gangrenada para que nuestro cetro pueda ponerle remedio, que el triunfo sobre los soberanos enemigos nos ha hecho herederos de su larga ruina. Solo en los informes de Marco Polo, Kublai Kan conseguía discernir, a través de las murallas y las torres destinadas a desmoronarse...

Italo Calvino

Los “mitos de origen”, que son un placebo para tratar de entender nuestro universo terrenal, se han cargado de políticas llamadas públicas y planes urbanos que se idearon por alguna mente zagas para solventar culpas y culpables. La ciudad, no paró de ser germen vivo, en continua construcción-destrucción-transformación-renovación. Pecado original y sacrilegio natural; confesión y absolución, dignamente concebida. Injerto de Jano –principio permanente, fin e iniciación–; y Vesta –con sus vírgenes que cuidaban la ciudad–; rizoma romana que ensambla su efecto, como las leyes que nos dan principio republicano. En el tiempo sobre las urbes aparece Pandora y sus efectos se asentaron con su larga duración; quizá hasta el infinito y más allá. El relato del comienzo de las cosas que emana de la Teogonía de Hesiodo, concepción

que explica el principio de todo con el Caos, del que emergió la tierra, y después de las divinidades los seres humanos y tenemos lo que tenemos.

Las ciudades, especialmente los puertos eran como una necesidad imprescindible para recargar baterías, alimentos y otras especies, alivianarse, desfogar lo retenido, y retomar la ruta. No era como el turismo de ahora, ese que va de vacaciones y sofoca y contamina playas y pueblos. Y ni Marco Polo ni Américo Vespucio, ni siquiera los chamanes de aquellos tiempos; quizá algún pirata o corsario listo –algunos navegan por mar, aire y tierra todavía–, lo soñó o se imaginaron para después eso de la globalización. Las ciudades dieron constancia de un nuevo porvenir al que había que considerar parte del destino manifiesto. La mentalidad colonial se alió con los colonialistas. Las consecuencias sellaron el devenir.

Guadalajara, como París, Bogotá y Roma, Buenos Aires y Madrid (y un montón sumado que parece cosa del destino), comenzó su otro derrotero allá por los sesenta. Fueron aquellos días en que Henry Levfebre escribió su libro *Le droit á la ville*. Lo que pasaba entonces parecía calca de la peli de Jean-Luc Godard, *Deux ou trois chases que je sais d'elle*. Tiempos en que por acá ya Jorge Negrete y Pedro Infante, se habían bajado del caballo y les inventaron subirlos a una motocicleta; María Felix le llegaba a Agustín Lara y Cantinflas hacía de las suyas. Todo se tornó intempestivamente en una novedosa serie de metáforas urbanas que explicaban la ciudad desde el influjo de lo moderno.

Calles, edificios iban adquiriendo otras formas y texturas. También las personas. Ya no se parecían a los de antes. La guerra de Viet Nam irrumpió junto con Los Beattles. Infortunio y fortuna para no olvidar que seguimos siendo humanos a pesar de los poderosos yanquis. Bueno, como después en Irak. Cosas del petróleo y sus veneros, zurcida con la estupidez de

la riqueza sin fondo como marco. De Constantinopla a la Ciudad Prohibida, del Berlín de Hitler al New York de los Goldman, Rothschild, Rockefeller, Morgan, Bilderberg, la CFR, el Instituto Tavistok, la CIA y Wall Street, son la cohabitación de quienes se consideran la “clase superior” en el ejercicio del poder real con riquezas y poder entre las entrañas de las urbes. Todo era solo negocios, como dijera “El Padrino”, Don Corleone; hombre de esos que existen y abundan con sus garras sobre las urbes. Ni que decir sobre el famoso enunciado, guía cuasi biblia de un montón de personajes, de que “un político pobre, es un pobre político”, amén. Las Vegas llenó el vacío de las almas y los instintos.

TODO SE DESVANECE EN EL AIRE

Todo el resto es mudo es intercambiable; árboles y piedras son solamente lo que son....

Si un edificio no tiene ninguna enseña o figura, su forma misma y el lugar que ocupa en el orden de la ciudad basta para indicar su función: el palacio real, la prisión, la casa de moneda, la escuela pitagórica, el burdel. Hasta las mercancías que los comerciantes exhiben en los mostradores valen no por sí mismas sino como signo de otras cosas... La mirada recorre las calles como páginas escritas: la ciudad dice todo lo que debes pensar, te hace repetir su discurso,

Italo Calvino

La memoria del pasado ha perdido la jugada. El presente y su futuro se habían extraviado en el camino y la exigencia del cambio arrancó raíces para sembrar otro *vía-crucis*. La serenidad se había perdido. Se re-simbolizó el espacio público y se dispersó la circunstancia del lugar donde vivir. La tiendita, la leche de vaca, la nieve de garrafa, los buñuelos, el virote, advirtieron su anunciado fin; llegaron el pan Bimbo, los Gansitos, los helados Bing, la leche ultra-pasteurizada en tetrapack, los supermercados Gigante, y el medio vital: el automotor, llamado

coche o automóvil. Los edificios y las costumbres se pasaron a las postales de las remembranzas y las tranzas con la política de rescate de algún patrimonio edificado. El uso del territorio y los lugares pasó de ser parte de la tradición a seguir el sendero del cambio. Las imágenes de las ciudades y las personas, pasaron de la radio a la televisión. Todo debía cambiar, nada debía permanecer estático. Así, en su historia, los seres humanos y sus comunidades, sus rastros culturales, convirtieron la naturaleza encontrada en algo propio, fincaron allí su destino y herencia, contaminaron su espacio y lugar, aventuraron apropiaciones y especularon, para llevar a la ciudad a una versión traducida en una estructura material amorfa y desparramada.

La ruta se había modificado y su tránsito hacia una nueva forma de desarrollo representó la oportunidad de otro progreso –no era que antes no ocurriera así, pero era de otro modo–. El tiempo comenzó a ser el intruso y la ciudad debió asumir su papel en ese destino. Las distancias se hicieron una larga cadena de calles y avenidas, conectadas con carreteras y autopistas. Ya no fue lo mismo, ni la misma para caminar de la mano con la pareja sin recibir los efluvios del smog. La ciudad se volvió urbe dizque más cosmopolita, rodeada de los barrios que ya no eran los mismos de antes. Los que se conocían desde antes se sustituyeron por fraccionamientos. En las *cities*, dicho así porque comenzamos a entrar al síndrome del nuevo modelo global, el del consumo, los automóviles ya convertidos en *status*, iniciaron su guerra para inundar calles y avenidas, pasos a desnivel, viaductos, y estacionamientos. Y las ciudades entraron en quebrantos que no conocían.

El tiempo fue ya otro y las personas también. Ya nada era igual que antes y las ciudades hervían con otros fuegos. Luis Buñuel dirigió películas cuyos sugerentes títulos evocaban la expresión concreta de una sociedad y sus espacios

de valores terrenales: y *Los Olvidados* (1950), y *El ángel exterminador* (1962). Después realizó la que le llevó a ganar Las Palmas de Oro en Cannes y el Oscar de Hollywood, *El discreto encanto de la burguesía* (1972), que compilan los problemas con los que se enfrentaban las opuestas clases sociales de una época de vida urbana en un punto del mundo. Reproduce Buñuel magistralmente el espíritu surrealista de las clases urbanas altas de la sociedad en conflicto durante la construcción de una sociedad nacional. Federico Fellini plasma en *Las Noches de Cabiria* (1957), los escarnios humanos en la vida de una prostituta, protagonista del film, en una ciudad como Roma. Los mismos que en *Salón México* (1948) y su reproducción en (1995), daban cuenta de una sociedad en la que aún con el paso de las décadas seguían latiendo lacerantes contradicciones; trasladada hasta la frustrante realidad de *El crimen del Padre Amaro* (2002) o *La mala educación* (2004).

Ocurre que los niños y las familias fueron dejando el caballito de madera y las muñecas de trapo. Todo se volvió de plástico o *Made in México* o *Made in USA*; entonces no había China que se interpusiera. El refrigerador, estufa de gas y la tele, se diseminaron por doquier. Repentinamente la moda preocupó a muchos. No podía faltar la inconformidad por los modales que aparecían. Especialmente desde la hojita parroquial y las enseñanzas curatos se arrojaron diatribas y condenas sobre las minifaldas y las piernas que a muchos llamaban, sin pecado concebido. Los recuerdos y presencia intelectual del Mayo del 68 y Tlatelolco corroboraron sin embargo que no todo era miel y gozo. *La región más transparente del aire* se convirtió en la más contaminada por CO₂, que no fue eso lo que relató Carlos Fuentes. Lo irregular inundó el territorio rebasando las mejores intenciones de salud urbana. La pobreza llegó a concentrarse en las ciudades y no era que en el campo no

la hubiese o que fuese huyendo de ella, para muchos simplemente constituía su fatalidad u ocaso.

LAS VIRTUDES SE VENDEN

*No es que los movimientos me sean fáciles.
En mi cuarto nos alojamos veintiséis: para
mover los pies tengo que molestar a los
que se acurrucan en el suelo, me abro paso
entre las rodillas de los que están sentados
en el arcón y los codos de los que se turnan
para apoyarse en la cama: todas personas
amables, por suerte.*

Italo Calvino

El envoltorio comenzó a ser insuficiente, bueno a lo mejor solo caduco u obsoleto, pero lo insuficiente como para desecharlo. Reutilizar fue la opción, aunque no la única y los llamados Centros Históricos se convirtieron en salsa de turismo y sus edificios emblemáticos en restaurantes-bares, museos, hoteles, o cualquier otro rango de usos que dejara ganancias. Lo inservible habría que derribarlo y lo nuevo glorificarlo. Nacían nuevos dioses que venerar, la libertad se hizo un bien de consumo pues la ciudad, ya no provinciana, nos permitía convertirnos por momentos en anónimos, el brillo de la moda, de todo calibre y posición, lanzó su canto hipnótico y subyugante para procrear sus otros-nuevos escenarios. Pero como hay de libertad a libertad, Walt Disney Pasó de Donald y Mickey Mouse, a convertir la patraña de rico McPato en Disneyland, ese paraíso que estaba al alcance de cualquiera que lo pudiese. Los moteles para viajeros se convirtieron en hoteles de paso. El signo en verdad había cambiado para todos.

El fut-bol, ¡hayyy el futbol!, y ¡wowww! las Olimpiadas, nada mejor para la salud del pueblo que eso, el deporte. Los grandes eventos deportivos para salvar la sana vida de la juventud y las masas. Resultó por aras de quiméricos pero aviesos intereses, ya no eran eso, al menos eso nomás, deportes. Su parafernalia activa tam-

bién pasó a formar parte del mercado y del marketing. El huracán de los espectáculos nació para quedarse. Detrás llegaron los cantantes y sus despeines y se llenaron los estadios y las arenas de toda calidad. Al unísono, con estos llegó la competencia, como en las empresas –en eso se había convertido– con su carga de sustancias para mejorar el esfuerzo y sus resultados, y hasta la visión de las cosas, y los sentimientos, las drogas de fabricación se sumaron a las de antes. Las ciudades que merecían tales acontecimientos se endrogaron a más no poder aunque no pudieran. Se produjeron endeudamientos, en ocasiones impagables, pero que dejaban ganancias. Todo pasó y los paganos fueron los que requerían servicios públicos que se debían dar con el dinero público que era de todos y para el servicio de la mayoría.

Pareció que Marco Polo escuchaba decir al Gran Khan “–De ahora en adelante seré yo quien describa las ciudades y tú verificarás si existen y si son como yo las he pensado– y lo crean o no aparecieron los ingenios planificadores tras los intereses, y con esto los planes urbanos para la ciudad. ¡Vaya momento aquel! Se debía seguir las enseñanzas decimonónicas para reestructurar las ganancias urbanas. Arquitectos, economistas, políticos, mercaderes parecidos a los judíos condenados, que luego inventaron los bancos, ahora conocidos como especuladores que ya no eran los Medicis, surgidos de cualquier lupanar o de las mejores familias, todos juntos o revueltos, se pusieron manos a la obra. Y a la ciudad se le había ya condenado a su transformación y ofrecido un nuevo destino. Las doctas escuelas y universidades que preparan a los especialistas, pusieron en marcha sesudos programas para resolver los problemas que no se habían resuelto, pero siguen. Los gobernantes, donde hay pocas excepciones, los escuchan pero no creen que estos sesudos lo puedan hacer y entonces hacen como que pueden sin ellos, improvisando obras

y beneficios con indicadores fraguados en los escritorios de la burocracia a su servicio; perdón al de la sociedad y la patria, con índices de improvisación que acaban por agregar otros problemas a los que han intentado resolver con los planes.

YA NO TE CONOZCO, PERO TE DESEO

*En el centro de Fedora, metrópoli de piedra
gris, hay un palacio de metal con una esfera
de vidrio en cada aposento. Mirando dentro
de cada esfera se ve una ciudad azul que
es el modelo de otra Fedora. Son las formas
que la ciudad habría podido adoptar si, por
una u otra razón, no hubiese llegado a ser
como hoy la vemos. En todas las épocas
hubo alguien que, mirando a Fedora tal
como era, había imaginado el modo de
convertirla en la ciudad ideal, pero mientras
construía su modelo en miniatura, Fedora
dejaba de ser la misma de antes, y aquello
que hasta ayer había sido uno de sus
posibles futuros ahora era solo un juguete
en una esfera de vidrio.*

Italo Calvino

Y como no es lo mismo ser global que globalizado, las metieron en el saco, y los cabarets, centros nocturnos y cantinas se convirtieron en antros, restaurantes y Men's Club. Ya no solo las playas, nudistas o no y las películas porno por telecable, alborotaban las neuronas. En realidad ya era otra realidad y nadie se escandalizaba fácilmente en la ciudad, pasamos a ser metropolitanos y cosmopolitas de verdad, las mujeres fumaban y bebían con avidez de todo, el sexo y los zapatos, su derecho se lo habían ganado; hasta el voto. Walmart, Oxxo, 7 Eleven; naturalmente pasando por los mercados a punto de derruirse y los Tianguis en su creciente furor de compra de producciones piratas y copias chinas, vietnamitas, tailandesas y de la india, son ya el aval para seguir vistiendo a las clases medias –de todos modos también se ven allí las altas en semi-desgracia por la crisis. Plaza del Sol,

como en cualquier ciudad posmoderna que se respete, pasó a la réplica *nice* de Andares y sucedáneos; las gentes bien pasaron a Houston a hacer sus compras, la disyuntiva de no revolverse, un poco nada más. Mientras, en el barrio por las tardes aparece un vendedor de elotes, doña Macaria y doña Lupita se comen a los vecinos y sus desvaríos, y allí el tiempo pasa todavía sin percatarse de sí mismo.

No podía faltar que los municipios trazaran sus políticas urbanas sin importarles que hicieran los demás. La Constitución lo permitía y permite todavía, faltaba más. Y el caos llegó sin conmisericordia; ni el Cardenal o las vírgenes pudieron hacer algo. Apareció el fantasma de la corrupción frente a una transparencia que se convirtió en tan nítida que acabó por no distinguirse. Nada se omitió, no hubo negligencia, aunque si hay atrasos y necesidades, promesas incumplidas, según se dice en la multitud de discursos de políticos-funcionarios, de partidos, de empresarios, esos que se dicen el sector privado y empresas socialmente responsables, frases de repetidos discursos de campaña. Se remacha que los planes y programas relativos a la urbanización y el empleo (*sic*), son para remediar todo lo que afecta a la ciudad y sus habitantes. Lo virtual no es únicamente redes de internautas. Llama la sospecha de quizá no se ha entendido que en las urbes el progreso y la justicia están allí, a la vuelta de la esquina, y los equivocados son la mayoría. Se pide, porque no, que no existan manifestaciones de desconfianza o molestia que para eso está la ley. Es cosa de la mala suerte de muchos, que no alcance para todos igual.

Pero todo se trastocó inesperadamente –este pero aquí sí vale–, colindante con las tortas ahogadas, el pozole, la jericaya, los tamales, los frijoles y los tacos, aparecieron como un virus incontrollable; como plaga H1N1, los hot-dogs, las hamburguesas y las pizzas. Luego en oleada tsunami de

los sushis. Además las carnes de cortes argentinos, desliz de ex-futbolistas que la hicieron por acá para no volver con la frente marchita, y prefirieron el volver, volver, volver a lo Vicente Fernández. La gastronomía es quizá el mejor ejemplo de la globalización para todos (si tienes para pagar, incluyendo los hoteles *all inclusive* y *el VIP*). Esto ha sucedido en Quito, New York, Lima, Estambul y hasta en Kuala Lumpur. Es ese fenómeno de las culturas que se encuentran y se casan sin remedio y sin reparo.

Naturalmente, si pasar a consumir lo innecesario y dispendioso es pregonar la libertad (aunque ahora sospechamos que si, según el discurso del derecho de los individuos), las costumbres ya no fueron lo mismo. Las marcas avanzaron en su tarea de singularizar a todos, por todos lados; Nike, Zara, Lacoste, Sabritas (Cinepolis, los dulces y la diabetes) y miles de etcéteras. Hasta en la ropa más íntima con Victoria Secrets. El estilo y la imagen por delante re-construyó las mentalidades para adaptarlas a los nuevos tiempos urbanos. No fue lo único. La televisión nos mostró que había que gozar sin pensar, y apareció el *Chavo del 8* para guardar las mentes en el ataúd de la conciencia. La realidad se convirtió para muchos en una telenovela del subdesarrollo mental. Luego llegaron los acontecimientos que cimbraron la fe con las revelaciones de la vida del padre-padre Marcial Maciel. Concreciones en la historia, de una comunidad que abrió sus puertas a un comportamiento intensamente urbano, a pesar de los pesares y las comuniones.

Lugar para la existencia común, fuente de contaminación y enfermedades nuevas, de innovaciones que encierran las distancias sin dividir las con eso del Iphone y el Internet, el Facebook, Twitter, LinkedIn, YouTube y Netflix. Espacio donde concurren lo mejor y lo peor; de la educación a distancia y otra a la distancia de una buena educación,

con todo y Amazon o Ghandi. Crisol de itinerarios humanos, éxitos y fracasos. De la educación cautiva por el sindicalismo venal; de la oposición al aborto y el derecho de la mujer, a la apertura gay y los condones; estos útiles de consumo necesario por aquello de la explosión demográfica y el VIH, a lo mejor no solo por eso, con todo y pagar el IVA. Quienes se mueven sustancialmente y se ganan el sustento en la vida académica-profesional, se dice que es posible que no alcancen a comprender los problemas de fondo de las ciudades y su papel de arca de dinero. En este frívolo mundo, la peor condena-negación para los académicos que se precien de serlo, no obstante algunos lo dicen para parecer, es que no son pragmáticos, como los poderosos; les falta perder el control ético, que eso es el atributo y fórmula del poder mundialmente insustentable. Lo que entrelaza y enturbia las mejores intenciones, es que ya las ciudades son ahora muy complejas. Quizá, vale suponer, entonces es necesario tratarlas y transformarlas desde otra perspectiva. Cuestión de creer que otro mundo es posible.

Y de la tecnología y la ciencia, habrá que observarlo utilizando pinzas de cirujano, analizar con cuidado su impacto y razonar hacia dónde vamos. Las grandes ciudades en el círculo del desarrollo capitalista son ejemplo al que llegar es a veces una utopía incrustada en un lustroso porvenir o una pesadilla. Los ejemplos de pronósticos llevados al cine: *Metrópolis* (Frits Lang, 1927), *Sleeper* (Woody Allen, 1973), *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982), *Babeldom* (Palu Bush, 2013), casi proféticos, nos han adelantado nociones poco alentadoras sobre el futuro. Para acabar se nos vino encima eso del cambio climático, negación de las machacadas y repetidas frases de la retórica institucionalizada del desarrollo sustentable.

En el tema de la ciudad, lugar donde cada día que avanza el caos tipo Torre de Babel, florece el fantasma que

parece indicar que no hay caminos que permitan disponer otra ruta para su futuro, cuando es ya ineludible asumir que nos encontramos en el umbral de un cambio de era en la historia. Mientras tanto, todos moraremos viajeros de la vida en la breve parte de la fábula urbana que nos toca; pernoctamos temporalmente en este planeta tocado por la democracia como mercado. La ciudad, exaltación y disfrute, surrealista como *Alicia en el país de las maravillas* y sin *Blanca Nieves*, pero con muchos enanos en el bosque, esencia de lo urbano como claustro abierto a las ideas y los cambios. Es especialmente el significado de un nosotros. Es lo que

el viento se llevó y el paraíso prometido, mientras tanto entre las brumas de cada día, queda recordar que....

En Maurilia se invita al viajero a visitar la ciudad y al mismo tiempo a observar viejas tarjetas postales que la representan como era: la misma plaza idéntica con una gallina en el lugar de la estación de ómnibus, el quiosco de música en el lugar del puente, dos señoritas con sombrilla blanca en el lugar de la fábrica de explosivos. Ocurre que para no decepcionar a los habitantes, el viajero elogia la ciudad de las postales y la prefiere a la presente, aunque cuidándose de contener dentro de las reglas precisas su pesadumbre ante los

cambios: reconociendo que la magnificencia y prosperidad de Maurilia convertida en metrópoli, comparada con la vieja Maurilia provinciana, no compensan cierta gracia perdida, que, sin embargo, se puede disfrutar solo ahora en las viejas postales, mientras antes, con la Maurilia provinciana delante de los ojos, no se veía realmente nada gracioso, y mucho menos se vería hoy si Maurilia hubiese permanecido igual, y que de todos modos la metrópoli tiene este atractivo más: que a través de lo que ha llegado a ser se puede evocar con nostalgia lo que era.

Italo Calvino

Guadalajara, México, mayo de 2014.

ACTA REPUBLICANA

P O L Í T I C A Y S O C I E D A D